

Roma, 19 de octubre de 2005

Muy queridos alumnos y alumnas:

He sabido que vais a tener próximamente un encuentro. ¡Cuánto me alegraría veros! Me encantaría miraros a la cara y descubrir el transcurso del tiempo en vuestra vida; saber de la historia de cada uno; escuchar cómo contáis lo que os alegra o preocupa en este momento, y hacer memoria con vosotros de los años que pasamos en común, años que guardo muy dentro y que, a menudo, agradezco a Dios y a la Institución Teresiana.

Pensando en cada uno, me pregunto: ¿qué tal estará? ¿Y su familia? ¿Qué habrá decidido en su vida? ¿será padre o madre? ¿cómo se habrá abierto camino profesionalmente? Y, sobre todo, lo que sabéis que siempre me ha apasionado: ¿Creerá en Jesús? ¿será una persona para los otros?

Dejándome llevar de la imaginación, también puedo aventurarme a pensar que para alguno la vida no haya sido o no esté siendo fácil. A medida que pasa el tiempo me confirmo más en que vivir es un regalo magnífico y, en ocasiones, doloroso. Si alguno estáis viviendo un momento oscuro, incierto, difícil... quisiera decirle: ¡Ánimo!, la vida y la fuerza de Dios en nosotros puede más, mucho más. Déjate ayudar, no lo vivas en solitario. Entre vosotros podéis encontrar modos de apoyo y de hacer algo por otros, ¿no os parece?

¡Qué paciencia tuvistéis conmigo! También yo la tuve con vosotros, ¿eh? Al paso de los años, queda la persona de cada uno, los esfuerzos por enseñar bien y aprender mejor, el deseo casi único de que seáis personas, aún más: buenas, justas, tiernas personas. A través de las clases, de los encuentros personales con vosotros y vuestras familias me hicisteis experimentar lo bello que fue haber podido colaborar en vuestra formación, a que vuestra cabeza y vuestro corazón se abrieran a la Vida, con mayúsculas, y a la vida del lunes y del martes. Juntos aprendimos a vivir. Tengo muy vivas en la memoria imágenes, rostros, situaciones de clase, de convivencias, de conversaciones... Cada mejora o cada retroceso vuestro lo sentí también muy profundamente. Me enseñasteis muchísimo. Me hicisteis feliz. Creo que vosotros, a pesar de los pesares, en algunos casos, también lo fuistéis en el Arrels. Fue y sigue siendo vuestra casa.

Por razones de trabajo, vengo poco a Barcelona. Me encantaría poder encontrarme con vosotros alguna vez, también con el resto de profesores, compañeros míos, a los que tanto aprecio.

Recibid un abrazo, bien fuerte, cada una, cada uno. Pido a Jesús por todos vosotros y por vuestras familias, por aquello que deseáis profundamente y llevéis más en el corazón. Hacedlo por mí.

María Dolores